

INAUGURACION  
DE LA CANALIZACION DEL EBRO

---

IV

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Llegamos al día de la inauguracion. A las cinco de la mañana llaman á nuestra puerta, llamamiento que nos incomodó y no poco, pues habíamos pasado una noche completamente toledana. Pero nos levantamos y encontré nueva ocasion de incomodarme en la triste necesidad de vestirme frac, corbata blanca y calzarme guantes. No hubo remedio, y lo hice, cuando al salir á la calle me encontré tantos uniformes, bordados, cruces, fracs, manteos y demás insignias de ceremonia, pensé que si Carlos III hubiera podido vernos, quizá creyera que su pensamiento se habia cumplido, que el puerto de la Rápita se habia trocado en un her-



moso sitio real, ilusion que acarició durante el ministerio del conde de Florida-Blanca; Carlos III tuvo habilidad para escoger ministros, y escogia sábios respetables, sesudos y sobre todo liberales, muy liberales. Este buen rey era hijo de su siglo, como Pombal, como Leopoldo de Toscana, como José II de Austria. Cada siglo tiene su idea y todos la respiran bien ó mal de su grado, y todos viven por esa idea y en esa idea; dígalo sinó que en este instante venimos todos igualmente alborozados á ver cruzar por feraces campiñas el vapor que lleva en sus alas el pensamiento de nuestro siglo, la libertad; sí, la libertad, que siendo en el siglo diez y ocho sólo un arma de guerra contra los siglos pasados, viene á ser en nuestro siglo una série de hermosas armonías.

Encontré á todos mis amigos trasformados y me dirigí en su compañía al embarcadero del canal. En medio de la plaza encontramos una mujer del pueblo con una cesta llena de ricas brevas, frescas, rayadas, destilando de su flor dulce miel. La tomamos unas cuantas, y por no detenernos le dimos un precio doble del que las brevas valian. Despues de un rato, ví á esta mujer que volvía á donde estábamos nosotros, corriendo desalada, jadeante, fuera de sí y co-

mo si la hubiéramos inferido un gran agravio, nos dijo, en amargo tono, que la habíamos dado dinero de más, que de ninguna manera quería lo que no era suyo, y arrojó con gran desenfado á nuestros piés los cuartos.

Tardamos algun tiempo en reunirnos, pero al fin sonó la hora de partir. El vapor comenzaba á moverse á manera de un caballo impaciente por recibir su carga y darse á correr con ella satisfecho y orgulloso. El canal toca á la orilla del mar, y así está destinado á vencer el grave inconveniente de la navegacion del Ebro. Los barcos de bastante cala, que se ven precisados á navegar por el Ebro, han de entrar por sus bocas naturales, que son por extremo peligrosas, porque tienen grandes y terribles barras de arena.

El puerto de San Cárlos ofrece seguro asilo, y á él va á desembocar el canal, logrando asi evitar el gravísimo peligro de la embocadura del Ebro. Imagine V. este puerto, alumbrado por buenos faros que avisen de su existencia al navegante, animado por la expansion de leyes arancelarias, liberales, acrecentada su importancia por el canal, y tendrá V. uno de los más seguros y más bellos y más espaciosos asilos de aquellas costas. ¡Qué diferencia entre



este puerto, que ha construido la naturaleza, y el puerto de Valencia, que quiere construir el hombre!

El vapor comenzó á volar en el canal. Noté que calaba mucho, y que dejaba una huella negra en el agua, como si removiera su fondo. Esto me hizo creer que el fondo del canal es demasiado movedizo por la naturaleza del terreno, y que necesita por lo mismo de muchísimo cuidado. Díjome el ingeniero que habian ocurrido á esta dificultad, construyendo vapores de ménos cala que el magnífico vapor Ebro.

A la izquierda se extendian huertas; pero á la derecha terrenos muy pantanosos, poco sanos, formados por las inundaciones del rio. En el tiempo que duró la travesía de San Carlos á Amposta tuve ocasion de conocer á los muchos barceloneses que habian venido á la inauguración. No puedo encarecer á V. bastante su amabilidad, las muestras de aprecio que me dieron, la franca amistad con que me brindaron, y sólo siento que razones poderosísimas me impidieran acompañarles como deseaban á la hermosa Barcelona.

Despues de corto espacio de tiempo, llegamos felizmente á Amposta. Aquí nos esperaba una

hermosa tienda de campaña, adornada con lienzos muy bien pintados, cuyos vivos colores daban gran encanto á tan delicioso lugar. El rio se extendia á la derecha, á la izquierda el canal, y descubríamos dilatados campos y en ellos lagos heridos por los rayos del sol, que relucian como el mar. Esta poblacion es antiquísima; sobre su origen han contendido casi todos nuestros historiadores. En lo antiguo, si no es infiel mi memoria, se llamó Ibera. De aquí han deducido algunos que fué fundada por los primitivos iberos. La verdad es que en las guerras de los cartagineses y romanos fué ya un gran punto estratégico, y que lo será siempre mientras dure ese gran azote de los hombres, que se llama guerra. Vi desde el sitio que ocupábamos muchas ruinas; pero no pudiendo acercarme á ellas no me fué dado conocer su carácter. Despedirme de Amposta sin mencionar los muchos amigos que allí encontré, me seria imposible. Guardaré eterno recuerdo de su solicitud y de sus obsequios.

Despues de almorzar entramos en la esclusa de Amposta, abriéronme sus puertas y nos recibió en su anchuroso seno el rio. Por más que diga mi sábio y respetable compañero de viaje, D. Juan Galvez, con esa gracia particular que



le distingue, corrí su misma suerte; no ví ninfas ni nereidas ocultas en las ondas del Ebro. Bien es verdad que ni en el Tajo, ni en el Duero, ni en el Ebro he buscado yo nunca ninfas mitológicas. Italia, Grecia, son países clásicos; nuestro país es eminentemente romántico.

Acaso en el Pó, en el Arno, en el Alpheo buscaría la imaginación esas divinidades, blancas como las espumas, flores acuáticas, que crecían hermosas en la linfa de los arroyos, en la madre de los ríos. Aquí, en nuestro suelo, busco el pendón de nuestras comunidades, el brillo del acero de nuestros soldados, la cruz herida por los rayos del sol de los combates, los acentos de la guerra que repiten aún los campos, la gran lucha, que es nuestra epopeya de la Edad media.

Cuando veo rodar en un río español cualquier objeto, creo ver un turbante. Cuando oigo cualquier voz lejana, me parece oír el eco de un romance popular. Cuando las nubes, al caer el sol forman extrañas figuras, siempre mi fantasía las alinea en forma de un gran ejército de caballeros que van á encontrar la muerte ó la victoria por Dios y por la patria. Al descubrir nuestras aldeas nunca me forjo la ilusión de ver un templo griego, sinó la cúpula de un cam-

panario católico. Nuestro país es eminentemente romántico. Y entiendo por romanticismo no la literatura que se alimentó de la exageración de las pasiones, y que fué como la *época del terror* de nuestra revolución artística; sinó la literatura que se inspira de los grandes recuerdos de la Edad media; la literatura que tiene por su poesía lírica los cantos de la iglesia y de los romanceros cristianos; por su poesía épica el Dante; por su poesía dramática el génio de Calderón.

Y entiendo por poesía clásica, no esas comedias, donde el mundo y la sociedad están pintados con toda su triste realidad, sinó el arte que se inspira en los recuerdos, en las ideas del mundo antiguo, del mundo pagano.

Por eso decía que nuestro país es eminentemente romántico. En estos pueblos ¿qué invocaría mi recuerdo? En Amposta, la sombra de los grandes Berengüeres; á los descendientes de Carlo-Magno, en Tortosa; y en Caspe aquella Asamblea, compuesta del estado llano, en que lució el génio de San Vicente Ferrer, y que forjó una corona para las sienes del insigne delador de Antequera.

En el río Ebro veo la imagen del reino de Aragon, que baja, pobre arroyo, de las alturas,



y se dirige al Mediterráneo, rico de gloria y de grandeza. En el Ebro recordé las libertades aragonesas, impetuosas como la corriente del río. En el Ebro recordé á Alfonso el Batallador, que cruzó en alas de la gloria toda la península y rescató á Zaragoza; á D. Jaime I, seguido de sus milicias, rey caballeresco, guerreando y amando siempre; á Pedro III, el rey más grande de toda nuestra historia, que conquista á Sicilia, derrota en mar y en tierra los ejércitos más valerosos del mundo y renueva en el collado de las Panizas la antigua azaña de las Termópilas; en el Ebro en fin, recordé la historia de Aragon y Cataluña, que es la página más hermosa de toda la Edad media, y me pareció que el río murmuraba aún el nombre de todos los héroes que habrá soportado en sus espaldas, y los loores de todas las hazañas que habrá visto en sus orillas.

Pero mientras iba yo pensando en todo esto, nos acercamos á Tortosa. Todos sus malecones estaban coronados de gentes; las campanas y el cañon herian los aires, y el clero y el ayuntamiento de la ciudad nos aguardaban para la ceremonia de la bendicion del vapor. Declaro que no pude prestar á esta ceremonia toda la atencion debida, porque el calor me habia ven-

cido y habia secado mi inagotable entusiasmo. Concluida la ceremonia penetramos por las calles de Tortosa, que me parecieron muy estrechas. Bien es verdad que de esto no tiene la poblacion culpa, sinó el círculo de fortificaciones que la oprime, obligándola á encerrarse en bien corto espacio. A la subida habia un templete, arcos de boj, grandes mástiles adornados con los colores nacionales y con gallardetes, que tenian unos la imágen de la Virgen de los Desamparados, otros de la Virgen de Monserrat, otros de la Virgen del Pilar, patronas de los tres reinos que componian la antigua y gloriosa corona de Aragon.

Nos encaminamos á la catedral, y á decir verdad comenzaron á despertarse mis instintos artísticos. Yo contaba con ver un antiguo edificio, pero no sabré decir cuál fué mi asombro al divisar una fachada bien distante del gusto de la Edad media, fachada en que se veia centellear la idea del renacimiento unida á deplorables y tristisimos arranques del gusto churriguesco. Entré y creció de punto mi asombro. Me encontré en una catedral gótica, antigua, mística, y que manifiesta en sus columnas que la ogiva está naciendo del fondo del arco bizantino como para subir al cielo. Oimos el *Te-*



*Deum* y misa, pues era domingo, y dejamos la catedral despues de haber contemplado sus cláustros, que parecen como un débil bosquejo de género gótico hecho por un artista que no se atrevía á romper el antiguo arco bizantino.

En Tortosa me encontré tambien con muy buenos amigos, que me obsequiaron á porfía. Siento mucho que no me sea posible recordar sus nombres. Sin embargo, recuerdo el de los señores Mompou y Pastor, que me acompañaron á todas partes y que me dieron muestras inapreciables de aprecio. Faltaria á mi deber si no le dijese á V. que tanto se interesa por todo cuanto me atañe, que no puedo encarecer bastante la franca hospitalidad que me dió el señor Ivero, ilustradísimo abogado de Tortosa, hospitalidad que le agradezco en el alma.

Llegó la hora del banquete, que se celebró en el palacio episcopal. Aquí admiré la portada del oratorio, que es de muy puro gusto gótico. El palacio se levanta al lado del rio, que lame sus cimientos, y sin embargo, crecía de punto el calor. Llegada la hora de los brindis, el señor Grimaldi dió las gracias á todos los que habian concurrido, convidándoles para el próximo año á subir en las fiestas del Pilar de Zaragoza.

Como V. comprende, esta declaracion del señor Grimaldi es de gran trascendencia, entraña un porvenir inmenso, pone á la metrópoli de la corona aragonesa en comunicacion rápida y pronta con el Mediterráneo y aproxima tambien la hora de que se comunique con el Océano, cumpliendo así el colosal pensamiento de Carlos V.

El Sr. Membrado, como aragonés, brindó por las provincias de este antiguo reino y porque su felicidad y engrandecimiento contribuyan á la felicidad y engrandecimiento de toda la nacion. El Sr. Ribó historió la proteccion que tanto progresistas como moderados han prestado á la obra de la canalizacion del Ebro. El señor Madramany brindó por los tres reyes, cuyos nombres se hallaban grabados en grandes escudos, como iniciadores ó protectores de la canalizacion del Ebro.

El Sr. Santa María brindó por la asociacion, ese principio tan fecundo en grandes bienes y por la moralidad en la asociacion. El Sr. Moreno, director de *El Catolico*, virtuoso sacerdote, con cuya amistad me honro, pronunció en nombre de la prensa un sentido discurso.

El Sr. Cañete, señalando las banderas donde estaba grabada la imágen de la Virgen, brindó



porque no se extinguiera nunca en el corazón de los españoles el amor hacia aquel ser divino y puro. Los señores Milá de la Roca y Espes, brindaron en nombre de la prensa catalana por la prosperidad del país y el progreso de las rápidas y fáciles comunicaciones. Estos son los brindis más notables que yo, amigo mío, recuerdo. Yo brindé también y V. conoce mis brindis.

Salimos de la comida y nos encaminamos al teatro. Cuando entré recitaba el Sr. Valero los dulces versos del primer acto de los *Amantes de Teruel*. Este drama lleva el sello del genio. Siempre es nuevo, siempre toca los grandes resortes del alma. Su hermosura no es convencional, es hermosura de todos tiempos, de todos países, que habla igualmente al corazón de todos los hombres.

No conozco amor más hermoso en la historia, ni drama de más sentimiento en nuestro Parnaso. Aquellas dos almas que se amaron desde el amanecer de su vida, separadas por las exigencias de la sociedad, piensan, sienten lo mismo y viven por la esperanza de volverse á encontrar bajo el techo del hogar doméstico: mas cuando esa esperanza ha muerto, cuando existe entre ellas un abismo, no pudiendo vivir

sin amar, vuelan como dos blancas palomas á posarse en el árbol de la eternidad, se evaporan como dos gotas de purísimo rocío en el seno de Dios. El amor las dió vida, y el amor las mata; y cuando vemos en la escena morir á los dos amantes, como por instinto, convertimos los ojos á las alturas para verlos volar, á manera de dos ángeles abrazados y unidos, que Dios llama para sí, tal vez *porque habian amado mucho*. Este desenlace, si me deja dulce melancolía en el alma, no me desespera; me entristece, sí, pero con la tristeza del desterrado, que desde la orilla vé á seres más felices volver al seno de la madre patria.

El amor de Isabel y de Marcilla es el amor cristiano, que vive de la virtud, que no teme la muerte; puro como la luz del alba, eterno como el espíritu; soplo de vida, que es un áura del cielo; amor divino que sólo infunde el Creador en sus escogidos. Sapho ama con delirio, y se suicida por huir del dolor. Leandro atraviesa el Bósforo por ver á su amada todas las noches, y se ahoga en sus ondas. Abelardo y Eloisa se aman profanamente en el seno mismo del claustro. El amor de los amantes de Teruel no tiene igual en la historia. Su vida huye cuando su esperanza ha muerto, mostran-



do que no vivían de la vida sinó del amor. ¡Ah! Mártires son sin ejemplo y sin imitadores.

Y del Sr. Hartzenbusch ¿qué no podría yo decir á V.? Cuando niño, sabía ya de memoria los versos de los Amantes de Teruel, y recitaba sin comprenderlos, estos dos magníficos versos:

Recuerdos de otro cariño  
Habido ántes de nacer.

Muchas veces he visto al autor de los Amantes de Teruel, y nunca me he atrevido á hablarle. Profeso por su génio una admiración tan profunda, que no sé qué decirle. Siento en su presencia lo que sentiría si Dios me concediera entrar en el lugar donde descansan los grandes poetas de todos tiempos. La admiración me robaría la palabra y cortaría el vuelo al pensamiento. Yo, en la ignorancia de la niñez, creía al autor de los Amantes de Teruel un poeta de otro siglo. Me gusta levantar los ojos al cielo y ver unidos ante el Señor los dos amantes, y al pié de su trono de nubes su inmortal cantor. Así es que cuando hoy veo á Hartzenbusch, inclino mi frente, conservando mi ilusión de niño, como si pasara ante la estatua de un poeta de otros siglos.

En cuanto á la representación, Teodora estu-

vo inimitable, y su voz, su mirada, la expresión de su semblante, la inteligencia con que recitaba sus magníficos versos, su lloro, todo cuanto dijo, todo cuanto hizo, todo estuvo á la altura del drama. ¡Valero! Noto un gravísimo defecto en Valero. Se conoce que está acostumbrado á representar ante públicos que estiman poco los bellos matices y mucho la fuerza de colorido, por eso me pareció en algunas muy exagerado. Pero siempre será un gran artista. En la escena final, cuando reconviene dulcemente á Isabel, me entusiasmó, me enagenó. Yo le aplaudí uniéndome á todo el público que tributaba justas muestras de entusiasmo al gran actor. En seguida cantó con mucha gracia la señora Monoso unas canciones populares, muchas de ellas alusivas á las circunstancias, y originales de nuestro amigo Pinedo, que mostró en ellas la flexibilidad de su reconocido ingenio. Llegamos á la pieza, el Ebro. No soy partidario del *realismo* en literatura. Y sin embargo, me encanta el Sr. Breton. Sus comedias suelen ser fotografías de la sociedad, en que es bueno todo ménos el argumento. Son buenos los caracteres, buenos los pensamientos, inmejorables los versos; de una portentosa naturalidad, el ingenio del autor no recono-



ce rival, maneja la lengua con una maestría inimitable, y sin embargo, todos estos elementos, al entrar en combinacion, no saben andar bien juntos. Yo me declaro entusiasta del *Pelo de la dehesa*, de la *Maruja*, de algunas comedias de Breton, hasta en su argumento. Pero estas son las magnificas excepciones de la regla general, excepciones que forman las hojas más hermosas de su inmortal corona. El Ebro pertenece á la regla general de las obras de Breton; el verso es hermosísimo, hay un carácter admirablemente bosquejado, pero el argumento es malo. Me hicieron reir muchísimo los chistes en que abunda.

Salí del teatro encantado, porque lo adornaban un conjunto de hermosas estrellas, que eran su luz y su ornamento los ojos de las tortosinas; y me fui á ver los fuegos artificiales. Los hicieron junto al rio, y esto fué parte á que la pólvora estuviera un poco humedecida como se echaba de ver por el humo. Ya sabe usted cuán inteligentes son los valencianos en el arte pirotécnico. Las palmeras de fuego, los cohetes iluminando los aires, las luces de bengala de mil varios colores formando como un palacio de rubíes, esmeraldas y diamantes, todos los matices de la luz, todos los caprichos y co-

lores del fuego reflejándose en la superficie, tenían un encanto indefinible que divirtió por largo tiempo nuestra vista. Con esto concluyó el primer dia de funciones.

Levantámonos al dia siguiente despues de haber descansado muy bien y nos dirigimos á ver la poblacion, en la que encontramos de notable algunas portadas de muy buen gusto plateresco y un hermoso Calvario adornado de ciprices, cubiertas sus peñas de yedra y lleno de esculturas, que si por lo general no son de mucho mérito, hay algunas que merecen llamar la atencion del viajero.

A la una de la tarde salimos en vapor para Cherta. La tarde estaba calorosa, pero el movimiento del vapor y la humedad del rio hacian llevadero el calor. Los pueblos de las orillas colocados en posiciones muy pintorescas, nos saludaban al pasar con la voz de sus campanas. En Cherta vimos la esclusa que pasa por la principal de las esclusas, el canal de alimentacion, y presenciarnos el desmonte de una roca producido por un gran número de barrenos. Si V. quiere formarse idea de las obras, busque V. en la *Revista de obras públicas* la imparcial reseña que de ellas ha hecho mi amigo el ilustre ingeniero Sr. Rodriguez. Volvi-



mos de Cherta en muy poco tiempo despues de haber refrescado en un jardin levantado en el murallon que divide el rio del canal de alimentacion, jardin adornado de adelfas y otras flores, de bancos de verde césped, de surtidores que levantaban á los aires sus líquidas perlas y daban al oido gran música. Al volver de Cherta dejamos á nuestros compañeros de expedicion con grave sentimiento. Ya sabe usted que los españoles, de antiguo, al viajar formamos siempre grandes y duraderas amistades.

Los señores Arce, Rodriguez, Navarro, Vildósola, Lafuente, Alcázar, Anduaga, Salgado y yo, formamos la primer expedicion de regreso á la córte. A la luz del crepúsculo, en una hermosa tarde, claro el cielo y fresco el aire, fuimos por el Ebro á Amposta, ora dando un adios á los sitios que dejábamos, ora departiendo sobre ideas políticas, filosóficas y literarias, hasta que llegamos á Amposta. Iba á despedirme ya de V. Pero consagraré á Valencia la última de mis cartas.

## INAUGURACION

### DE LA CANALIZACION DEL EBRO

—

V

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Con dolor en el corazon me despedí de los hermosos sitios que habia visitado, quedando como testimonio del placer que recorriéndolos he sentido, su imágen fielmente en la memoria. La hermosa tarde en que salimos de Tortosa, fresca y poética, al apacible murmullo del rio, los varios giros de las mansas áuras, las primeras estrellas, que como ángeles perdidos en el espacio aparecian dudosas entre los celestes arreboles del firmamento, la barca que se deslizaba tarda como si quisiera detenernos en aquellos lugares, la conversacion de nuestros amigos, todo cuanto oíamos y veíamos, todo inspiraba dulce tristeza.